

DISCURSO TERCERO.

LA AUTORIDAD DE JESUCRISTO CONSIDERADA COMO FUENTE
DEL PROGRESO SOCIAL.

(Continúa.)

Señores: manifestada ya la necesidad que tienen las naciones de una autoridad para alcanzar el verdadero progreso, demostramos tambien que Jesucristo, Dios y Hombre, es la fuente de toda sociedad cristiana. Al constituirse Jesucristo autoridad permanente en la Iglesia, transformó de una manera radical el orden de la sociedad. Curó á la autoridad de tres vicios que la minaban sordamente, y que la impedían así elevar consigo misma la obediencia de los pueblos y el progreso de las sociedades. El primero de esos vicios provenia de que la autoridad no era de origen divino; el segundo, de que la conciencia del hombre estaba sujeta al hombre; y el tercero, de que la autoridad se veía siempre representada por el egoismo. Jesucristo atacó el primero de estos tres vicios constituyéndose en autoridad; el segundo, creando un rei-

no espiritual presidido por él mismo, libertando así la conciencia humana; y el tercero, haciendo que la autoridad, lejos de dejarse dominar por el egoismo, se consagre toda entera al bien de los demas. Es decir, ha creado una autoridad divina en su origen, espiritual en su gobierno, y cuyas miras son el bien comun de los pueblos. Así transformó la sociedad y dió nuevo sér al orden social.

Hé aquí lo que en bien del progreso social hizo la autoridad de Jesucristo constituida en su Iglesia. ¿De qué modo le han correspondido las sociedades modernas? Estas han puesto en práctica tres doctrinas que tienden cada una de por sí á oponerse á la marcha del progreso social: la primera es el indiferentismo, la segunda el espíritu de contrariedad, y la tercera el odio á la Iglesia. Unos gobiernos la tratan como estraña, otros como rival, y los revolucionarios todos como enemiga. Estos son los tres errores, las tres calamidades sociales que nos propusimos combatir en nuestro último discurso. En él probamos que los gobiernos no deben considerar á la autoridad de la Iglesia como estraña, ni como rival, y mucho menos como enemiga; y que solo apoyándose en la autoridad de Jesucristo puede sostenerse y perfeccionarse el orden social.

Hasta ahora no hemos hablado de la autoridad de Jesucristo en la Iglesia sino bajo el punto de vista general, haciendo una completa abstraccion de los hombres que la representan; pero la autoridad no ejerce toda su accion sobre la sociedad, sino cuando se personifica y es representada en ciertas y determinadas personas. Hé aquí por qué yo, para cumplir mi

propósito, seguiré la tarea anterior, manifestando cuáles son las cabezas principales de la autoridad cristiana fundada por Jesucristo para que obtengan nuestro respeto perfeccionando el orden social. El asunto es vasto; pero procuraré tratar de él compendiosamente.

I.

El primer tipo de autoridad que formó Jesucristo para que llegásemos al perfeccionamiento social, es la paternidad, ó sea la autoridad cristiana en la familia. En esta palabra comprendo al padre y á la madre, que participan á un mismo tiempo de esta honra, cada uno segun su condicion y sus fuerzas. La paternidad, juzgada simplemente en el orden natural, es una de las cosas mas bellas que pueda figurarse la imaginacion. Es sublime en su creacion, halagüena, grata al corazon, que ejerce un poderoso influjo en el alma de todos los hombres: es un culto que ha cruzado los espacios y los siglos sin que ni un instante siquiera haya dejado de ser inalterable, constante y universal; su ministerio ha sido ensalzado por los moralistas y cantado por los poetas; y los artistas, para describirla como ideal de lo bello, la han pintado con los ojos fijos en Dios, autor de toda paternidad. Todos los hombres bien nacidos se han sentido inspirados bajo sus miradas y sobre su corazon por un mismo sentimiento de respeto y de amor. Y confieso que yo, estasiado ante el cuadro encantador que nos presenta esta imágen, evocando los recuerdos de nuestra

infancia, me detendria delante de él para contemplarlo, como se detiene el pasajero á orillas de un rio para gozar del agradable espectáculo que ofrece á su vista. Pero no pudiendo fijar en esto nuestra atencion por mas tiempo, pasaremos á estudiar lo que hizo Dios para engrandecer una cosa que era ya de sí tan grande entre los hombres.

Jamas, antes de Jesucristo, habia tenido la familia una paternidad como la cristiana, ni aun en los tiempos primitivos en que se presenta á nuestros ojos rodeada de una hermosa aureola de cariño y de respeto. ¿Cómo obró Jesucristo para transformar la paternidad y agregar nueva majestad á su majestad respetuosa? Valiéndose de estos tres medios: la santificó con su divinidad; la confió un ministerio divino; y para que pudiese llenar su objeto, la otorgó cuanto hay de mas divino en el hombre; de este modo se vió adornada de un prestigio de autoridad de que hasta entonces careciera.

Si estudiais este asunto detenidamente, señores, os convenceréis de que la paternidad cristiana tiene algo que la hace superior á la humanidad, porque está consagrada por el mismo Jesucristo, del cual recibió, digámoslo así, el perfeccionamiento de la paternidad humana; sello divino, que al propio tiempo que constituye su legitimidad y duracion, imprime en ella un signo eterno de majestad divina.

Al crear el mundo dijo Dios á nuestros primeros padres: *Creced y multiplicaos y llenad la tierra.* No ignorais que el capricho del hombre le hizo olvidar estas palabras del Criador, que fueron despues profanadas por las pasiones. Dios se propuso que la huma-

nidad progresara, y con este fin ordenó la ley de la propagacion, y no serán bastantes para destruir su propósito, ni los caprichos del deseo, ni las tentaciones de la carne; la duracion, gobierno y santificacion de esa ley dependen de la voluntad del que la ordenó. Para darla mas dignidad instituyó para ella el sacramento del matrimonio. Ningun cristiano puede aspirar á la honra de la legítima paternidad, sin recibir la divina autorizacion que concede Jesucristo por conducto de su Iglesia. Para ser padre legítimo, es necesario que Jesucristo haya otorgado á un hombre su autoridad y le haya investido con el signo de su divinidad por medio del ministerio paternal. Solo el que haya recibido el sacramento del matrimonio será considerado por Jesucristo como padre legítimo; todo el que sin recibir el sacramento pretenda ser padre, no podrá serlo á los ojos de Dios, y solo será usurpador de la paternidad.

Tal es el primer destello de grandeza que imprime la Iglesia en su formacion á la paternidad cristiana: elevada á la altura de un sacramento, recibe de Jesucristo una consagracion y una potestad verdaderamente divinas. ¿Y cuál es el fin de esa consagracion y de esa potestad? Su fin es tan divino como su principio. Es el misterio de formar á Jesucristo en sus hijos. Hé aquí explicado el divino misterio de la paternidad cristiana. ¿Para qué consagra Jesucristo la paternidad dándola autoridad? Con el fin de que la posteridad engendre al mismo Jesucristo. Todo padre verdaderamente cristiano está obligado por su consagracion á formar hijos á imagen de Jesucristo, y más diremos, á formar á Jesucristo en el alma de sus hi-

jos. A todos los padres que escuchan nuestra voz les exhortamos en nombre de Jesucristo para que no olviden ni un instante el objeto del sacramento del matrimonio y la grandeza que le deben. No le basta al cristiano formar un hombre; no, para un padre y una madre, todavía no es bastante formar á un hombre, sino que han de formar en el hombre al mismo Jesucristo. Sí, cristianos, Dios os ha dado el poder de formar al hombre; y para coronar su obra grandiosa, os ha impuesto la obligacion de formarle á él mismo, para que sea mayor vuestra gloria.

¿Y qué os pide en cambio de ese bien infinito que os concede? Solo os pide, no lo olvidéis, lo que él dió á la humanidad; quiere que seais buenos padres como él lo fué con todos: no con ese amor comun inspirado por la naturaleza, sino con un amor digno del que os enriqueció con una gracia de la cual él es el principio y el fin; para merecer esta gracia, que es superior á todas, puesto que es la facultad de engendrar al mismo Jesucristo, quiere que le améis con un amor superior á todo, y que arrostréis por ese amor todo sufrimiento y hagais por él todo sacrificio.

Dichosa mil veces la paternidad que, á fuerza de amor y virtud, de obediencia á la ley de Dios y fidelidad á sus deberes, merece la honra de ser fecunda como la vid que estiende sus ramas alrededor de la casa, y se procura á sí misma el inefable placer de contemplar á sus hijos, que son los retoños de su propia vida, *sentados alrededor de su mesa, semejantes á los tiernos vástagos del olivo.*

Esta consagracion, este ministerio y este amor, debían producir necesariamente un tipo de autoridad

paternal entre las naciones cristianas, tipo desconocido hasta entonces. Así se cumplió lo que debía cumplirse. La historia cristiana se ha encargado de hacernos ver hasta el fondo la pureza del cristianismo. Si comparamos la paternidad cristiana con la oriental y la occidental, notarémos que ni fué despótica como la una ni débil como la otra, precisamente porque recibió una mezcla de dignidad, dulzura, suavidad y fuerza que le dió á un tiempo la fuerza, la dignidad y la dicha de la familia cristiana: fué el fruto esquisito, la hermosa flor del cristianismo, cuya historia llega hasta nosotros envuelta en los perfumes de los siglos transcurridos; y nuestro siglo, á pesar de sus grandes sacudimientos, nos presenta todavía dulces ejemplos de esa divina paternidad, que vemos con tanto mas placer cuando los comparamos con otros por desgracia harto abundantes que nos muestran todo el oprobio de la paternidad degenerada.

Si atravesando los siglos, con vuestra mirada contemplais á los primeros padres de familia convertidos en patriarcas, ¿no veis cómo miran con ojos ávidos y corazón alegre á esas generaciones salidas de ellos como una prolongación de su vida? ¿no os parece ver que tienden una mano protectora al hogar doméstico para que sea amado, obedecido y respetado? ¿Hay acaso una potestad mas suave y fuerte á un mismo tiempo, mas cariñosa y mas majestuosa? ¿Oh, señores, esa es la soberanía de los antiguos patriarcas transportada á nuestra éra, pero transfigurada por la unión de Jesucristo, y reuniendo con toda la ternura del hombre un destello de la grandeza de Dios!

Si pudiera creer que alguno de entre nosotros du-

dase un solo momento de cuanto ha hecho el cristianismo para elevar á mayor altura la paternidad, le diria: Contemplad al padre de familia cristiano, y vedle morir rodeado de sus hijos que procuran recoger sus últimos suspiros; con una mano estrecha la imagen de Jesucristo que le consagró el día de su boda para el ministerio de la paternidad; con la otra echa á sus hijos, en nombre de Jesucristo, la suprema bendición que conservarán ellos como el recuerdo de su obediencia, respeto y amor, y como la prueba suprema de la autoridad ejercida en la familia cristiana.

¡Ojalá pudiera emplear el lenguaje dulce y expresivo, sencillo y sublime, claro y misterioso á la vez que se necesita para espresar la respetuosa impresión que deja en el hogar doméstico la memoria de un padre que durante su vida procuró á los que le obedecían una felicidad sin límites, y cuya muerte les dejó un vacío profundo, pero al mismo tiempo una esperanza consoladora! Sí, una esperanza consoladora, porque su memoria, que pasa á la posteridad de generación en generación, protegerá desde su nueva morada á sus descendientes; esa memoria quedará impresa para siempre bajo el techo bendito como el ángel tutelar de la familia, y servirá para inculcar en el corazón de todos ellos como una autoridad viva siempre, la obediencia, el respeto y el amor que le tributaron durante su vida. ¡Oh bella imagen de la paternidad, que al morir aumenta su grandeza y hermosura dejando á los que la lloran la certidumbre de que desde la otra vida velará por ellos con un amor que tendrá algo de divino!

¡Pobre humanidad cuando se ve despojada por el

tiempo de tan nobles y dignos sentimientos, é infelices de nosotros que nos vemos arrastrados por costumbres que no deberian ciertamente ser las nuestras! ¡No, porque esas costumbres son propias de una sociedad que camina á su decadencia, y nos hacen olvidar mas y mas cada dia el culto generoso que elevaba á la sociedad con la familia y á la familia con el hombre!

II.

Si por una parte fundó el cristianismo el bello tipo de la paternidad, por otra creó otro mas grande y mas respetable todavía á los ojos del creyente; el del sacerdocio cristiano. Cuando un niño, educado en el respeto y obediencia de sus padres, penetra por primera vez en el templo de Dios, abre los ojos á la revelacion y aprende á tributar culto á una autoridad nueva para él. Allí encuentra al sacerdote católico, que es un padre en el sacerdocio, así como el padre es un sacerdote en la familia.

En todo tiempo y en todas las naciones ha sido considerado el sacerdote como una autoridad, y visto como una representacion sensible de la Divinidad. Como mediador entre Dios y los hombres, el sacerdote, sin dejar de ser hombre, llevaba consigo algo que le distinguia entre sus semejantes como depositario de la dignidad de Dios. Sucedia antiguamente que con frecuencia mentia á los hombres el que se suponía representante de Dios. Pero como esa ficcion nacia del respeto que se profesa al sacerdocio, porque nada

nos parece mas digno de veneracion que aquello que se aproxima mas á lo divino, y no hay autoridad mayor que la que mas directamente se deriva de Dios, de ahí nacia su prestigio.

Lo que en el paganismo era una ficcion, es en el cristianismo una verdad, porque el sacerdote es el representante del Hombre-Dios, en él está personificada la autoridad de Jesucristo, y solo él es su representante en la tierra. Jesucristo vive en el sacerdote, y no solo vive en él, sino que se vale de él para obrar y ejercer todas las acciones divinas que santifican las almas y salvan el mundo. Segun esto, vemos que, no solo vive Jesucristo en el sacerdote católico, porque está tambien en el interior de todos los cristianos, sino que obra por medio del hombre, y por su conducto efectúa la obra divina de la redencion. Cuando el sacerdote católico predica, perdona y ofrece el sacrificio, Jesucristo es quien ejerce todos esos actos; y donde quiera, señores, en la cátedra santa, en el tribunal de la penitencia y en el altar del sacrificio, allí está Jesucristo, rodeado de la misma majestad é investido de la misma autoridad.

Sí, señores; cuando el sacerdote os dirige la palabra desde el púlpito, Jesucristo es quien os habla desde el trono que él escogió para dirigiros la voz; el sacerdote en ese lugar es el eco vivo del divino Verbo, de la verdad hecha hombre; la voz del sacerdote es la voz misma de Dios, es el mismo Verbo que habla á los hombres autorizado por Dios: *Sicut potestatem habens.*¹ Jesus, siendo niño todavía, habló en la Sinagoga, y los sabios que le oyeron quedaron admirados.

¹ San Mateo, VII, 29.

El sacerdote inspira tambien el mismo respeto entre las naciones cristianas, porque es un inspirado de Dios, es su autoridad hablando por boca del sacerdote: "Toda potestad me ha sido dada en los cielos y en la tierra. Id y enseñad á las naciones." Cuando un sacerdote católico os hace oír una sola palabra del Evangelio, le acompaña al púlpito la autoridad de Jesucristo; y esa autoridad es á un tiempo el escudo que defiende al sacerdote y la espada que le hace triunfar de sus enemigos.

Admira muchas veces oír á unos hombres débiles y tímidos cuyos argumentos estában á sus oyentes, quienes olvidan que Dios es quien les inspira, que Dios es quien habla por su boca. En esos momentos se siente el sacerdote investido con el carácter de embajador, y ese carácter le inspira grandeza y confianza, porque, si grande es entre los hombres ser embajador de un rey, y representar su autoridad, ¿cuánto mas grande no es considerarse embajador del mismo Dios y tener la mision de sostener entre los hombres sus derechos divinos? Yo, que tengo la dicha de hablaros desde el púlpito, me reputo tambien embajador de Jesucristo y me considero revestido de su autoridad que os habla por mi boca. *Pro Christo legatione fungimur, tanquam Deo exhortante per nos.*¹ Al descender del púlpito serémos un hombre como vosotros, quizá tan tímidos que temblemos en presencia de un niño; pero en este lugar nos consideramos embajador de Jesucristo, y nos sentimos tan fuertes que nada bastará á impedirnos que defendamos los sagrados derechos de nuestro Soberano.

(1) Corint., V, 20.

Ved aquí al sacerdote católico en la cátedra santa, tal como lo veis con los ojos de la fe, y jamas comprenderéis suficientemente hasta qué punto lo ha hecho respetable en sus acciones y en sus palabras esta idea, profundamente arraigada en el cristianismo. Cuando el sacerdote se siente inspirado por el genio al hablaros en nombre de Jesucristo, Dios y el hombre se unen para obtener vuestro respeto y triunfar sobre vuestros vicios. Y no necesita del genio para vencer, porque lleva consigo algo mas grande y persuasivo que el genio del hombre; lleva consigo la autoridad de Dios. Podrán algunas veces los hombres en su orgullo burlarse de un sacerdote á quien faltan las dotes necesarias para ser grande; pero nos oye el mundo, y quizá muchas veces el sacerdote no es pequeño sino para que se realce mas la majestad de Dios que está con él. Un hombre de ingenio á quien la humildad y la fe llevaban con frecuencia ante la cátedra santa para oír la palabra de Dios en boca de hombres que, humanamente hablando, no eran tan grandes como él,¹ me dijo un dia: "Cuando predica un sacerdote, veo que Dios habla por él." Y bien, señores, todo buen cristiano ha visto lo que este hombre célebre veia; todos lo ven y lo veis vosotros mismos ahora, porque Dios está hablando por nosotros. Digo mal, señores, veis en nosotros á Dios que hace hablar por nuestra boca á su divino Verbo. Y aun cuando no lo creyeráis así, no estrañaríais que yo lo creyera, porque hablo inspirado por la autoridad que me da la fe; y tened presente que desde hace diez y ocho siglos el sacerdote católico habla con una autoridad

¹ Donoso Cortés.

que impone á los mismos reyes, y con una intrepidez que no le deja temer ni al mismo genio.

No es la cátedra santa desde la cual os habla Jesucristo el único terreno donde la autoridad sacerdotal despliega su energía para imponer á los cristianos el respeto. Cuando el sacerdote deja el púlpito sagrado desde el cual ha conmovido las almas, ocupa otro lugar no menos digno, donde se presenta revestido de la misma autoridad, diferente en la forma, aunque idéntica en la sustancia; es decir, la autoridad de Dios misericordioso. Cuando os presentais ante el tribunal de la penitencia, iluminados por la luz de la fe que os deja ver la claridad del misterio, entonces os arrodillais, os prosternais, y no necesita el sacerdote decirnos á vosotros, orgullosos galos, las palabras á qué me referí el otro día, y que fueron dirigidas á Clovis: "Dobla la cerviz, orgulloso Sicambro;" no, la doblais sin que sea preciso mandároslo; os hincáis porque habeis visto la autoridad de Dios bajo una forma humana; doblais la rodilla porque creéis que el que ha dicho al sacerdote: *Vé y enseña*, es el mismo que dijo tambien: *Perdonaré los pecados que perdonéis vosotros*. Al escuchar al sacerdote, habeis oido la palabra de Dios; y sabeis que al perdonaros el sacerdote, es Dios quien os perdona. Señores, el ejemplo que nos presenta el cristiano humillándose voluntariamente como pecador, y el sacerdote bendiciéndole, es el del misterio de la transformacion en que el cristiano encuentra con la inocencia y el gozo, la obediencia y el respeto que habia perdido. Arrodillados ante el sacerdote, habeis confesado vuestra culpa y habeis llorado; y ese hombre os ha

dicho tendiendo la mano sobre vosotros: "Jesucristo Nuestro Señor te perdona tus pecados; yo, con la autoridad que él me dió, te absuelvo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Eras culpable, pero á fin de que sepas que tengo la potestad de perdonar, levántate, estás limpio; yo te perdono en nombre de Jesucristo."

¿Y quién es ese hombre que tiene el poder de perdonar los pecados? *¿Qui est hic, qui etiam peccata dimittit?*¹ Vuestra propia fe se encargará de contestar á esta pregunta. Es el representante de Dios ante los hombres, os dirá; es el mismo Jesucristo que me absuelve como absolvió á la Magdalena; y para animarme mas á pedir un perdon que yo no me hubiera atrevido á solicitar, ha ocultado toda su grandeza bajo la debilidad de un hombre. Pero mi fe es tan grande que descubre esa grandeza bajo el velo que le oculta: cuando dejo esa actitud humilde en la cual he sentido toda la grandeza de mi alma, porque mi humildad me ha ensalzado, queda en el fondo de mi corazon un cariño tan grande y tanto respeto hácia la autoridad divina, que nada, ni el tiempo ni la eternidad podrán borrarlos.

Pero si grande es el sacerdote en el púlpito y en el tribunal de la penitencia, mucho mas lo es en el altar del sacrificio; allí toca á la cúspide de su grandeza, porque está investido de un poder ante el cual se prosterna nuestra fe, y embarga nuestros sentidos un santo temor; porque allí tiene el poder de encarnar á Dios, de inmolar á Dios, y como consecuencia de estos dos poderes, tiene tambien el de gobernar á Dios.

¹ San Lúcas, cap. VII, vers. 49.